

llos tenebrosos siglos, vuelvo á decir, habia santos dignos de la reciente Iglesia por mas que la incredulidad se desentienda de ellos. Si nosotros no lo somos como ellos, no culpemos á nadie. La santidad es de todos los tiempos. Los medios para ser santos no nos faltan. Lo que no tenemos únicamente es, por nuestra desgracia, el ánimo y la voluntad para llegar á serlo. Yo discurro, señoras, que todos estos defectos, son agenos de vosotras. Conoceis las virtudes de *Catalina*, y las estudiáis é imitáis. ¡Quiera Dios que tan raro exemplo mantenga siempre vuestro zelo! Estad siempre atentas como ella para ocultar vuestra santidad á los ojos del mundo, y se impondrá este eternamente la obligacion de tributar homenaje á vuestra santidad sobre la tierra, hasta que el mismo Dios os sirva de recompensa en el cielo. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA,
Fundador de la Compañía de Jesus:

PREDICADO EN PARIS

*En la Iglesia de la Casa Profesa de los
Padres Jesuitas: y en la del Colegio
de Luis el Grande.*

*Numquid sapientio rem, et consimilem
tui invenire potero? ¿Hallaré yo un
hombre que iguale en sabiduria, y se
parezca á tí? Gen. 41. v. 49.*

Este es el testimonio que en otro tiempo dió Faraon á Joseph, quando despues de haber explicado á aquel príncipe el fatal sueño que agitaba su espíritu calmó sus sobresaltos por medio de saludables avisos, mereció los aplausos del consejo, é hizo ver lo que debía esperar Egipto de su fidelidad, de sus cuidados y de su prevision. El rey se felicitó á sí mismo por haber tenido su trono un apoyo

se-

para seguir el camino de la Religion. Ella quien hizo á su corazon capaz de superar á las pruebas de la Religion. Y ella, en fin, la que descubrió á su espiritu las luces mas puras de la misma Religion.

Ignacio caminó por las sendas de ella conducido por la sabiduría. Fué superior á sus pruebas debiendo su victoria tambien á la sabiduría. Y logró iluminarse con sus luces, mereciendo igualmente á la sabiduría haberlas penetrado.

Ignacio fué un hombre, que no conoció la gloria de sus mayores sino para hacer brillar la noble emulacion de seguirles sus huellas. Un hombre de un corazon generoso, elevado é inclinado siempre á lo grande y heróyco: incapaz de prestarse á los sentimientos que no fuesen dignos de la grandeza de su corazon: deseoso naturalmente de gloria: de entendimiento sólido y penetrante, á quien no podian sorprehender ni seducir las apariencias, y de un discernimiento completo con el que penetraba en todo la verdad. En fin, un Héroe tierno que unia al delicado fuego de la juventud la prudente reflexion que solo puede dar la experiencia de los años.

¿No os representa, christianos, á *Ignacio* el carácter que acabo de describir, ántes que hubiese triunfado la gracia de su corazon? Este fué el motivo de que extraviándose de las sendas de la Religion se perdiese en las vanas esperanzas del mundo, y de que por la sombra de una gloria incierta abandonase el precioso tesoro de su virtud.

La

La carrera militar, en la que despues de haber sacrificado el hombre su reposo á la ambicion, solo consigue muchas veces sacrificar su inocencia al idolo del placer, fué la que desde luego se abrió á la sabiduría de *Ignacio*. Profesion fatal en la que el hombre es por lo regular muy ingenioso para reparar solamente las penosas fatigas con tiernas y prematuras inclinaciones. Pero ¿si lo diré yo? ¡Ah! Nuestro Santo recorrió los senderos de la perdicion, permitiendo el cielo, que aquel que habia de ser el azote del vicio fuese ántes su víctima. Debia por sus propias flaquezas aprender á triunfar de las de los demas. Mas no, no mantendrán mucho tiempo su império sobre su corazon. En el mismo *Ignacio* hallareis muy en breve á *Ignacio*.

Encargado de la defensa de una importante plaza, obrará prodigios de valor. Hasta el mismo enemigo admirará su invencible ánimo. Su único fin era conseguir una victoria que le adquiriese lauro y reputacion, pero le estaba esperando otra mayor. Herido de un tiro se verá á las puertas de la muerte; pero esto no servirá sino para resucitarle á la gracia. De su derrota dimanará su triunfo. Con un mismo golpe se asegurarán dos conquistas: la de Pamplona á la Francia, y la del cielo á *Ignacio*.

Dexémosle, pues, ahora en medio de las mas crueles operaciones, y sufriendo constantemente por un falso punto de honor. Pon-gamos nuestra consideracion desde luego en aquel dichoso instante que le hizo volver en

G 2

si

sí mismo quando buscaba en un horroroso parage el medio de mitigar su dolor. Se había figurado que las obscuras sombras de su imaginacion se podrian disipar con una multitud de embustes agradables. ¡Cuán ingeniosa es la gracia para lograr sus conquistas! La vida de Jesu-Christo y de los Santos fué justamente el libro que presentó el cielo á las reflexiones de *Ignacio*. ¡Necesidad fatal! Pero era menester verse reducido á ella. Echó nuestro Santo la vista sobre aquella obra como por pasatiempo; pero se persuadia que todo quanto en ella encontrase debería aumentar su decaimiento y su pena. La leyó con indiferencia y recorrió con poco gusto. Mas ¿qué es lo que veo? no tardó mucho tiempo en detenerse. Admirábanle una multitud de prodigios; y hallándose conmovido, le faltaba poco para convencerse. Escitábanse ya en su alma movimientos interiores, y hablándole la gracia escuchaba con gusto, y vió por fin su corazon agitado. ¡Ah! y como me parece que observó volverse ácia la Religion aquella sabiduría, que es don precioso del cielo, sin embargo de que hasta entónces la habia hecho servir excesivamente á su ambicion.

Vosotros seductores encantos del mundo, vosotros, ¿qué podreis influir ya sobre su entendimiento con vuestras frívolas ideas? *Ignacio* ha penetrado la nada de las cosas humanas, y comprehendido que ningunas son grandes sino las que se hallan en la Religion. El exemplo de los Santos le ha confundido y se ha apoderado de él. Como admirador de su

con-

conducta, se reprehendia á sí mismo por no haber sido siempre imitador de sus virtudes. Ha meditado, reflexionado y vuéltose á la razon, rompiendo con intrépida mano el funesto vínculo que le unia al mundo y á la fortuna.

Léjos de aquí esas conversiones ocasionadas por la ligereza de un espíritu débil: esas conversiones que se forman en un instante y se destruyen en otro, pues son propias de un hombre que no se vuelve á Dios, sino porque un mundo engañoso le ha hecho conocer la vanidad de sus mas brillantes esperanzas: de un hombre, en fin, que viene á extinguir en el seno de la Religion el humilde recuerdo de una imprevista desgracia. No son estos los sentimientos de *Ignacio*: el noble desigñio que forma de no separarse de los caminos de la humillacion, es en honor de la mayor gloria. La sabiduría solamente es la luz que le guia; y ved ahí el poderoso encanto que le saca del seno de las tinieblas. La sabiduría disipa los prestigios de la seduccion que amaestran su espíritu: ella era la que hacia brillar á sus ojos las luces de la verdad, y ella la que le obligaba, por decirlo así, á cimentar su union con Dios por un formal empeño. *Sapientia deduxit illum per vias rectas* (1).

Yo no me empeñaré ahora en manifestar los sentimientos de *Ignacio*, y las primeras agitaciones de su corazon; porque á la verdad, señores, ¿cómo os habia de pintar aquella sa-

G 3

(1) Sap. 10. v. 10.

bia precaucion para eximirse de las reprehensiones de un hermano á quien amaba, por medio de una separacion secretamente manejada? ¿Cómo aquella ingeniosa prudencia para ocultar con un vil exterior las distinciones de su nobleza, como si temiera que el crítico y conoecedor mundo fuese capaz de hacerle apartar de sus piadosos designios? Tú conseguiste, ilustre penitente, ocultar á las indagaciones de los hombres; tanto la gloria de tu nacimiento, quanto el resplandor de tu virtud. Dexabas que condenase el mundo los aparentes excesos, siempre que ignorase la causa que les movia. Hasta el cielo mismo parece que autorizó las injustas sospechas que se levantaron contra ti; pero bien pronto supiste volver á tus ventajosas y útiles humillaciones. La sabiduría te abrió las sendas de la Religion, y te hizo muy en breve superior á sus pruebas.

Por estas y por las persecuciones se forman los apóstoles. Pablo, aquel vaso de eleccion que debia confundir á la incrédula gentilidad, quebrantar el idolo de la supersticion pagana y llevar el Evangelio hasta sobre el trono mismo, no empezó, exerció, ni desempeñó su ministerio sino por el camino de la tribulacion. Insultado, menospreciado y perseguido, triunfó solo en medio de las tempestades, y no llevó á la Religion hasta las extremidades del mundo, sino hasta que lo pudo hacer sobre un rio de sangre.

Preparó Dios á Ignacio para renovar los prodigios de la primitiva Iglesia; pero no debia

bia disponerse á su ministerio sino á costa de las mas crueles experiencias. Por los ultrages, las calumnias y persecuciones; era por donde debia solamente entrar este nuevo Pablo en la carrera del apostolado. Yo me le represento del modo que le vió España al principio de su penitencia. Recogido, pensativo, bañado en lágrimas, y en un estado edificativo y piadoso en el que solo escuchaba á su fervor. Tan breve se veía metido entre el horror de los hospitales como postrado delante del santuario, y tan pronto colmado de favores celestiales como arrebatado en éxtasis y no viiendo mas que en Jesu-Christo. A cada paso se le veía entregado á sí mismo, lleno de escrúpulos, y experimentando y sufriendo la amargura en que estaba sumergido su corazón. ¡Alternativa cruel para aquel que solo está entregado á su Dios! Pero ¿qué es lo que digo? No tardó mucho tiempo en ponerle la sabiduría sobre aquellas delicadas experiencias. El murmurar y acusar al cielo de riguroso, no fué nunca jamás el exercicio del corazón de nuestro Santo. Estos eran unos sentimientos muy poco christianos. Sus desgracias las tenia por un justo castigo. Quanto mas abandonado se veía al parecer, mas fiel era. ¡O Señor, exclamaba él en los arrebatos de una fervorosa caridad, el amarnos y amarnos para siempre es solamente la gracia que os pido y la única felicidad á que aspiro! *Amorem tui, Domine, nec quidquam aliud ultra posco* (1).

G 4

Ya

(1) Orat. S. Ignac.

Ya se cumplirán los deseos de nuestro Santo. Pero su amor debe ser antes purificado en el fuego de la tribulacion. ¡Quántas tempestades tiene que sufrir, y quantas desgracias le esperan antes que pueda gozar de un perfecto sosiego! ¿Quién le sostendrá su valor y le hará triunfar? La sabiduría. Esta es en él como un escudo impenetrable que corta los golpes de sus enemigos. ^{los que la no coban}
 No hablo de aquellos que experimentaron tantas veces durante su vida la virtud de *Ignacio*. Hablo de aquellos freqüentes asaltos que sostuvo contra un populacho insolente que le llenaba de injurias; de una multitud de muchachos que descargaban sobre él una nube de piedras; de la preocupacion de un juez mal intencionado que le condenaba sin oírle, y contra la venganza de un hombre vano que le hacia sospechoso con una infame adulacion y lisonja. ^{no se comen muchos otros}
 ¡Inútiles esfuerzos! Pero ¿os parece que *Ignacio* se valdrá de la proteccion de los grandes para persuadir su inocencia y atraer su favor á los que intentaban perderle? ¿Solicitará la justicia de los jueces y el socorro de los amigos? No por cierto: su justificacion solo se la debía á sí mismo y á su prudencia. Esta desarma á sus mas poderosos enemigos. Un semblante sereno quando parece que debe temer todas las cosas, una conducta siempre uniforme y una sola palabra que dexé escapar á su silencio, son otros tantos golpes mortales que hacen caer á sus pies, así á la injusticia de la preocupacion, como al furor de la embidia.

Ad-

Advirtiósese en Salamanca que prevalecia la intriga y triunfaba la embidia. Sujetósese á *Ignacio* con las cadenas que hubieran de haber sido cargados sus acusadores. Y ¿qué consiguieron? ¡Ah! no tardó mucho tiempo en penetrar su profunda sabiduría, al modo que un astro resplandeciente, la obscuridad de su prision. Como dueño de su libertad hizo conocer por un casual efecto que no queria permanecer en ella sin mandato de la justicia. Quería mas bien estar cautivo sin culpa que dexando de estarlo ser culpable. ¿Cómo era posible que una conducta tan prudente no hiciese del teatro de la confusion el de su gloria?

Las mismas persecuciones y sucesos se notaron en Alcalá. Acusáronle sus enemigos de una doctrina errónea. Solo con sospechar un error se alteraba su virtud. El mismo fué inmediatamente á presentarse al tribunal de la Inquisicion, en donde para justificarse se valió solamente de la propia doctrina de que se desconfiaba. ¿Fué su conducta distinta en París? Allí se vió amenazado con el tratamiento mas indigno; pero ¿qué es lo que hizo? No dar á conocer su inocencia sino por medio de una sumision humildísima, con el fin de que de ello no le resultase ventaja alguna.

En una palabra, ¿de qué camino se valió *Ignacio* sino del de la sabiduría para triunfar en Roma? Mil obstáculos se le presentaron para el establecimiento de su *Compañía*. Todo era contrario á su empresa. El zelo en los unos y la mala voluntad en los otros. Se le desechaba con desden y se le trataba con menospre-

precio. Acusábanle tambien y le condenaban. Los Cardenales y hasta el mismo Papa le apartaban de sí con menosprecio: no parecía sino que la Iglesia se oponía á sus mismos intereses. ¿Qué recursos le quedaban en este caso? Solo el de su prudencia que era suficiente para todo. Por ella se atraxo á sí á sus propios enemigos. Preséntase en la corte de Roma y empieza á hablar. Su language le daba á conocer como un hombre depositario del espíritu de Dios. Encantaba, admiraba y persuadía. Todo se mudaba al oírle. Allanáronse los obstáculos, y aquellos mismos que eran los mas terribles contrarios de su empresa llegaron á ser sus mas firmes protectores. Reconocieron la mano del Altísimo por la obra de un hombre.

De este modo, ó gran Dios, cumplisteis la promesa que hicisteis á nuestro Santo. Reparad, señores, en aquella célebre vision con la que el mismo Dios se declaró el protector de *Ignacio* contra el furor de sus enemigos. *Ego tibi Romæ propitiuss ero* (1). En efecto, ¿quántos enemigos se declararon en aquella ciudad contra nuestro Santo? Pero si hemos de hablar con verdad, no se valió el cielo de ninguno sino del mismo *Ignacio* para que triunfase. Comunicósele un rayo de la sabiduría Divina, que penetraba con su resplandor, hacia abrir los ojos, obligaba á los espíritus, documentaba los corazones, y le hizo superior no solamente á las pruebas de la Religion, si-

(1) *In vita S. Ignat.*

no que le descubrió tambien sus mas puras luces.

Descubrir los recónditos secretos del humano corazon y pintar el hombre al hombre mismo; manifestarle el fin á que se debe dirigir, y los obstáculos que le impiden llegar á él; darle á conocer los medios de que se debe valer para sobrepujar á estos obstáculos; atraerle con poderosos motivos y ganarle con invencibles razonamientos; ofrecer á su vista los misterios mas augustos de la Religion; bosquejarle una pintura natural de lo que ella misma exige de él; hacerle conocer la extension de sus preceptos, la sabiduría de sus máximas y la fuerza de sus verdades, ¿no es esta una empresa que excede á todas quantas se puedan concebir?

Explicar los principios de la moral mas pura, enseñar la doctrina de la Teología mas sana, y, en una palabra, fixar el espíritu en una resolucion con método sólido y excelente, y hablar al corazon valiéndose de reflexiones tiernas, ¿dudareis que esta es obra de un hombre consumado en el estudio de la Religion; de un hombre que por el espacio de muchos años se molestó con fatigosas indagaciones para enriquecer al mundo con un tesoro tan precioso?

Desengañaos: esta sublime obra de que acabo de daros idea debe su origen á la sabiduría, y no á un penoso trabajo. La mano que delineó el plan de ella estaba hasta entonces acostumbrada á manejar la espada. Esto fué fruto de la reflexion y no de la ciencia.

Llevad vuestra consideracion á una tenebrosa y casi inaccesible gruta, y vereis nacer, digámoslo así, á ese libro admirable de entre los fervores de la contemplacion y las lágrimas de la penitencia. Sepultado en obscuro rincón, distante del bullicio del mundo, y desengañado un hombre de las vanidades del siglo, piensa y reflexiona á su gusto. La prudencia le fixa en este caso, guiándole é iluminándole. Disípanse las tinieblas de su espíritu y parece que los misterios se descubren á sus ojos. Lleno, pues, nuestro Héroe de los conocimientos mas sublimes; apoderado de un santo deseo de comunicarles al mundo, y ansioso de aprovecharse tambien de ellos él mismo, cree, escribe y compone. La sabiduría le dicta los oráculos, y apénas es comenzada la obra quando se ve concluida.

¿No reconoceis con estas señales á *Ignacio* en el famoso retiro de Manresa? Aunque en otros tiempos era desconocido le hizo su penitencia muy célebre. En él fué donde empleado en los ejercicios de una fervorosa oracion, y arrebatado muchas veces fuera de sí mismo, se olvidaba de las revoluciones del tiempo, se entregaba enteramente á Dios y gozaba de un cielo anticipado. En él donde parecia que la fé dexaba de serle obscura, y en donde se presentaban á su entendimiento las mas claras luces; pero ¿qué luces? unas luces que podian inspirar el valor para ofrecerse pronta y generosamente por el Evangelio, aun quando este no existiera ya. Retiro de donde salió la aurora de aquel brillante dia

dia que se comunicó muy en breve por todo el Universo. Hablo, para que me entendais, de los ejercicios de San Ignacio. Obra única, conocida de todo el mundo, útil á todos los estados, y superior á todos los elogios. Obra perfecta, en fin, y á quien yo puedo llamar como prodigiosa, pues sin embargo de que es de un hombre sin letras encierra los puntos de la ciencia mas sublime.

No teneis que admiraros de lo que digo. *Ignacio* sacó sus luces de la sabiduría, y esta es la fuente de su erudicion. El estudio puede desde luego adornar al entendimiento con los conocimientos profanos, pero solo á la sabiduría corresponde dar la ciencia de los Santos. *Scientia Sanctorum prudentia* (1). Tal es la sabiduría esparcida por el libro de los ejercicios. La heregía ha querido quitar este honor á *Ignacio*; pero está señalada su obra por el dedo del espíritu de la sabiduría. Con este distintivo no se le puede desconocer. Los enemigos de nuestro Santo le pueden embidiar, y solo la injusticia se atreverá á disputársele. ¡O libro divino! ¡O monumento precioso! ¡Qué presagio ha manifestado *Ignacio* á la Iglesia con este primoroso ensayo! ¡Con cuántas luces le enriquecerá quando haya perfeccionado con el estudio los muchos conocimientos que solo debe á la sabiduría! Aquí se me ofrece una nueva serie de asuntos.

No creais que es un solitario penitente ó un nuevo Elías por sus éxtasis el que tengo

(1) Prov. 9. 10.

que presentaros. Es un guerrero famoso por sus expediciones, un hombre mantenido en la delicadeza de la corte y reducido á la clase de una liviana juventud. Yo le veo sepultado entre la obscuridad del pueblo, y formado por la sabiduría del mismo Dios. Reconócele por su maestro y se sujeta á su disciplina. De este modo venció el penoso estudio, cuyos principios piden siempre una suma aplicacion. ¡Qué prodigio de sabiduría!

Tú no dexarás sin duda de admirarte, prudencia del siglo, pero ¿vituperas y te atreves á vituperar una resolucion tan heróyca? Coloca, coloca en el número de los insensatos á aquel que no teme deshonorarse con las perjudiciales apariencias de semejante conducta. ¡Dichoso el insensato que se entrega al delirio de una locura semejante! Una fatuidad de esta naturaleza, excede á la sabiduría de los mismos sabios. *Stultum videtur, sed stultum hoc superat omnes sapientes* (1).

La floxa ambicion llega hasta el punto de envilecerse para adquirirse la fortuna que huye de ella, y no se detiene en comprar una gloria pasajera y momentánea á trueque de un eterno deshonor. Reniego de los excesos de su conducta; pero admiro y alabo al héroe christiano que para facilitarse los medios de adquirir la gloria de su Dios, olvida su nacimiento, escucha solamente á su zelo y no teme ser menospreciado del mundo á quien menosprecia. Si renunciando á sus propios in-

(1) Aug. in Psalm.

tereses puede sostener los de la Religion hace muy bastante: su intencion es suficiente. La singularidad de sus acciones se justifica por los sentimientos de su corazon.

No fué otro el motivo que hizo obrar así á *Ignacio* que el de la Religion. Aunque la preocupacion exclamase contra su empresa, los brillantes sucesos que produjo nos dan á conocer muy claramente que fué solamente la sabiduría el principio de ella. *Stultum videtur, sed stultum hoc superat omnes sapientes*.

De este modo se informó de la Religion por la sabiduría. Ahora solo me resta hacerlos ver como triunfó la Religion por la sabiduría de *Ignacio*. Este es de mi discurso el

PUNTO SEGUNDO.

Aquellos grandes hombres que son capaces de formar los designios mas magníficos, no saben executarlos sino por el camino de la sabiduría. Esta es la regla de su conducta.

Ya parece, señores, que me dais á entender, que os imagináis á *Ignacio* sepultado en la profundidad de sus pensamientos; examinando la faz de la Religion en toda la extension de la tierra, y animado de un zelo ardiente, tomar las mas acertadas medidas para hacer conocer la fe á los que no están instruidos en ella, y para sostenerla entre los que no la conocen sino para deshorrarla. Nuestro Santo no pone otros límites á sus trabajos que